

Sobre el tamaño de la VR: crecimiento y desarrollo

Mercedes Navarro Puerto mc

De un tiempo a esta parte, vengo prestando atención a que en la compleja institución de instituciones que es la Vida Religiosa (o Vida Consagrada) existen dos grandes olas o movimientos que conviven contemporáneamente. La ola de quienes llevan un tiempo observando y reflexionando sobre los *modos* de este estilo de vida, más que sobre los *qué* (contenidos) y sobre la *cantidad*, y la ola de quienes todavía se aferran a los números, descuidando los modos o *cualidad* de nuestra forma de ser en el mundo y en la Iglesia. Es verdad que cualidad y cantidad no tienen por qué estar separadas, pero en algunos momentos vitales e históricos es necesario elegir dónde poner el énfasis y priorizar una sobre la otra. Para los que todavía nos observan con interés desde fuera de nuestro sistema (en Occidente el interés por la VR femenina es cada vez menor), el punto de partida de sus análisis y diagnósticos sobre nuestra decadencia suele ser el número, la cantidad de “vocaciones”¹ y de “actividades apostólicas” (se supone que “propias”). La ideología de fondo, que conecta con nuestras preocupaciones más hondas, une número con contenido, número con interés o desinterés de otras mujeres, posibles candidatas. Parte, por tanto, de un elemento propio del actual capitalismo neoliberal y patriarcal que confunde y superpone crecimiento y desarrollo e intenta sustituir este por aquel. Para tal sistema, el desarrollo es una función numérica.

1. CRECIMIENTO

Confusión de términos

El economista alternativo Manfred Max-Neef² introdujo hace ya décadas la diferencia entre crecimiento y desarrollo para hablar del

¹ Recientemente, se estuvo emitiendo en un canal español de televisión un *reality show* llamado “Quiero ser monja”. En él quedaba bastante reflejada la ideología a la que me refiero.

² Algunos de sus escritos están actualmente disponibles en la red.

sistema capitalista y su rumbo desorbitado. Max-Neef critica la confusión entre el crecimiento, que es una medición cuantitativa de magnitudes, y el desarrollo, que desde su punto de vista es la liberación de potencialidades creativas. El desarrollo no cuenta con criterios fijos de medición, pero se advierte en el proceso que tiene lugar en la dirección abajo arriba. El desarrollo, según él, tiene que ver con la vida y las personas, no con los objetos. Por esta razón habla de desarrollo “a escala humana”. El desarrollo, dice Max-Neef, no siempre necesita crecimiento. La relación entre crecimiento y desarrollo no es correlativa. Se puede crecer con el fin de desarrollarse, pero ese crecimiento ni es permanente ni mucho menos ilimitado. El desarrollo, en cambio, puede requerir de un cierto crecimiento, pero no siempre ni necesariamente. Desarrollarse, a diferencia de crecer, no tiene límites ni conoce fronteras.

En mi reflexión me voy a servir de esta diferencia y de su relación con lo limitado e ilimitado. Nos detenemos en ello un poco más.

“Desarrollo” fue un concepto crucial en economía y política social a partir de 1945. La asociación con medidas económicas cuantificables contribuyó de manera definitiva a confundir ambos términos hasta el punto de utilizarse indistintamente en numerosas ocasiones, como si fueran sinónimos. La identificación de ambos conceptos sigue hoy más vigente que nunca y continúan asociados, particularmente, a las áreas de la política económica y social, entendiéndose esta última subordinada a la economía. La utilización del sustantivo “desarrollo” en el ámbito educativo y en el espiritual no ha sido de ninguna ayuda para desvincularlo de la economía. Y no será fácil distinguir ambos conceptos en tal área.

Crecimiento y desarrollo limitado e ilimitado

Si miramos la vida, observamos que los seres vivos crecen hasta un determinado punto y a partir de él dejan de crecer, e incluso decrecen. Esta ley es un dato probado, está inscrita en la naturaleza. Cuando un ser humano sufre un crecimiento desproporcionado, su propia estructura y armonía quedan afectadas. La estructura se rompe o se transforma en otra diferente. Esto se refiere a lo macro y a lo micro, y está corroborado por la teoría de los fractales. El crecimiento de la vida conocida es, pues, limitado.

Sin embargo, el concepto de crecimiento ilimitado ha pasado a ser el criterio de un modelo económico que genera cada vez más y con mayor

celeridad desigualdades insostenibles y mortalidad evitable. Es el motor de la mentalidad generada por el modelo del sistema capitalista que se inició con la revolución industrial del s. XIX y que ha impregnado toda la realidad. Todo ha de sobrepasar los propios records, atravesar los parámetros establecidos, de un modo imparable, unidireccional, caiga quien caiga, pues se supone que este es el verdadero significado de lo humano: la promoción, en todos los sentidos, de un crecimiento ilimitado. La ciencia está traspasada, también, por esta mentalidad. En ella se basan muchas de las competiciones establecidas, la idea de la acción, de la acumulación, de ese más y más que deja de tener sentido utilitario y adaptativo para desplazarse hacia los ámbitos simbólicos del poder, la fuerza, la violencia, y que crea expectativas de prolongación de estadios idealizados como la juventud, o enaltece cualidades transitorias como la belleza física y modos determinados de entender la eficiencia...

El crecimiento va unido también a la idea de aceleración, hasta el punto de que, con frecuencia, funcionan como sinónimos, de manera que la medida cuantitativa incluye el criterio de celeridad. Así, si el crecimiento es lento, se computa como crecimiento menor que si es rápido. En la realidad cotidiana esta relación tiene efectos muy negativos. Algo parecido suele ocurrir al hablar del desarrollo. Lo más valorado es un desarrollo acelerado numéricamente computable (=crecimiento rápido). Cuando en lugar de crecimiento, se usa el término desarrollo, los efectos negativos se hacen más patentes. Desarrollo acelerado suele implicar un acortamiento en los procesos que, a excepción de las máquinas, no asegura la calidad, más bien al contrario. La celeridad, la prisa, la acumulación y la rapidez exponencial del cambio se escapan de la "escala humana", como asegura Max-Neef. La competencia se vuelve feroz y se sacrifica todo a esa forma de codicia avariciosa que llamamos crecimiento económico³.

La obsesión en la VR por la medida del crecimiento

La Vida Religiosa ha quedado impregnada de esta mentalidad, sin pararse mucho a considerar sus consecuencias, tanto hacia dentro como hacia fuera de sí misma. Su modelo de seguimiento de Jesús ha adoptado

³ No está de más recordar que el cáncer es un buen ejemplo de que el crecimiento, por sí mismo, no es un signo evidente de vida. Crecer sin límite puede matar.

el criterio de la actividad y la eficiencia, de modo que al disminuir estas ha aparecido, con la fuerza de la evidencia, la pregunta sobre el sentido. Primero, el sentido de lo que hacemos y, en segundo lugar, aunque muy de cerca, el sentido de lo que somos. A partir de esta pregunta, todavía no respondida (posiblemente sin respuesta), se ha instalado una crisis permanente cuya expresión de angustia se ha focalizado y se sigue focalizando en el crecimiento. Cuando la VR ha dejado de crecer en número, en comunidades, en actividades, en proyectos..., se ha visto a sí misma preguntándose por su sentido total.

Esta es una consecuencia clara de su mentalidad capitalista acrítica y de asimilar la identificación de crecimiento y desarrollo. Muchas instituciones o congregaciones estarían en desacuerdo y dirían que han sido y son muy críticas con el sistema capitalista, pues no solo lo denuncian cada día, sino que realizan acciones contra él y contra sus lacras. Es verdad que hay una dimensión crítica, deconstructiva y constructiva, de aspectos concretos del sistema capitalista neoliberal en la acción profética de la VR, pero incluso en ella se percibe la mentalidad de crecimiento ilimitado incrustada en cada persona, grupo, asociación e institución.

Las instituciones que no solo no crecen, sino que decrecen, temen por su muerte. Es razonable. Pero, en el mejor espíritu pascual, hemos de recordar que la muerte no es la última palabra y que si creemos que morir es un modo de hablar de la transformación y, a partir de ella, de la resurrección, deberíamos replantear nuestra idea de la vida, de la vida de nuestros carismas particulares, del carisma de este estilo de vida y del sentido del crecimiento limitado, del decrecimiento e incluso de la muerte, si es preciso.

No tengo conciencia de haber escuchado ni una sola reflexión acerca de la relación entre el carisma institucional y el traspaso de su legado al mundo del laicado que tome como punto de partida el concepto de desarrollo. Lo que conozco habla más bien de una prolongación del concepto de crecimiento que, supuestamente, sobrepasará la muerte de muchas de las instituciones. Legar el carisma, traspasarlo y permitir que personas y grupos afines y sensibles a él lo prolonguen lleva la marca indeleble de la mentalidad del crecimiento, y este, ilimitado.

Haber propuesto este traspaso del legado carismático en términos de desarrollo nos habría llevado muy lejos. Por ejemplo, habríamos sustituido muchas veces el control, más o menos consciente, sobre dicho legado por el acompañamiento. Habríamos permitido e impulsado

transformaciones que ahora, en muchos casos, se dan al margen, en las fronteras o en las afueras del espíritu original.

La obsesión y la preocupación por los números nos desvían de las corrientes emergentes en nuestro entorno, nos fijan a una etapa pre-adulta y dejan escapar nuestros mejores potenciales.

Todavía no es tarde, pero reconozco que cambiar la mentalidad de crecimiento por la de desarrollo es una tarea ardua.

2. DESARROLLO

La mentalidad capitalista neoliberal del crecimiento ilimitado se percibe mejor cuando, como venimos diciendo, distinguimos el crecimiento del desarrollo. El crecimiento, repetimos, es limitado; la naturaleza no incluye el crecimiento ilimitado. En cambio, el desarrollo sí es ilimitado y forma parte de la naturaleza, del cosmos y de lo más genuino del ser humano. Tal vez hemos interpretado mal, a partir del s. XIX, el mandato divino del Génesis: creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla. Al entender el “creced” como algo puramente cuantitativo y ligado al “someted” la tierra, según el sistema jerárquico propio del patriarcado, hemos dejado en segundo lugar, en el trasfondo, la dimensión cualitativa del desarrollo, que afecta a la capacidad y la plenitud de cada sistema. De este modo, en virtud de este mismo criterio, cuando un sistema dado llega a su límite de crecimiento y su desarrollo pide expansión, o muta o se transforma, o genera otros seres, elementos o grupos. La clave es la transformación, la evolución.

La idea capitalista y patriarcal del crecimiento ilimitado, y a costa de lo que sea, bloquea y dificulta el avance del desarrollo. Al convertir desarrollo en sinónimo de crecimiento o incremento, frena eficazmente las posibilidades evolutivas del mundo, de la vida, de la persona y de los grupos.

A pesar de que la identificación de crecimiento y desarrollo sigue muy vigente y hegemónica, no puede ocultarse que en las últimas décadas se han producido cambios significativos en la teoría, sobre todo cuando se habla de desarrollo. En el campo de la economía, el mismo Banco Mundial describe el desarrollo económico en términos más

adecuados y alejados del mero crecimiento⁴. Otras instituciones internacionales se han sumado y se siguen sumando a la definición y descripción del desarrollo solo parcialmente ligado al crecimiento, e incluyendo básicamente la calidad de vida para todos los seres humanos, para todos los seres vivos y para el cosmos. A la hora de la verdad, en la práctica, en la vida cotidiana y en las planificaciones concretas de los estados y naciones, sin embargo, todo esto parece contar muy poco. Prevalece el concepto de crecimiento.

Sin embargo, el desarrollo se centra en la vida y sirve a la vida. Y según la idea de vida que tengamos, será nuestra idea de desarrollo.

3. EL CRECIMIENTO LIMITADO DE LA VR

La historia nos habla de que las órdenes y congregaciones religiosas sufren expansiones y contracciones, y muchas tienen un ciclo vital en el que nacen, crecen, decrecen y mueren. Ese ciclo es, unas veces, más breve, y otras, más largo. Y nos habla, igualmente, de que la permanencia de las que resisten no es consecuencia del número, es decir, de la cantidad de sus miembros, de sus proyectos o de sus comunidades. La pervivencia se debe a otras causas y a otros factores. Muchas de esas órdenes e instituciones permanecen gracias a la fuerza y la universalidad de su espíritu, de su carisma. Otras, perviven por el esfuerzo adaptativo en su espiritualidad llevado a cabo por la institución o por un número significativo de sus miembros. En ocasiones, la pervivencia fecunda es consecuencia de valientes iniciativas evolutivas, que llevan la espiritualidad a un flujo transformativo que, precisamente por no tratarse de una mera adaptación, conserva lo fundamental del espíritu, del carisma. Sucede cuando los cambios iniciados parecen afectar a los mismos núcleos carismáticos. Algunas veces, estos han sido considerados

⁴ Lo describe como “el mejoramiento sostenible del nivel de vida, el cual comprende consumo material, educación, salud y protección del medio ambiente”. En un sentido más amplio, la definición comprende también otros fundamentales aspectos conexos, principalmente la mayor oportunidad de igualdades, la libertad política y las libertades civiles. Por consiguiente, el objetivo global del desarrollo es el de dotar de mayores derechos económicos, políticos y civiles a todos los seres humanos, sin distinción de sexo, grupo étnico, religión, raza, región o país. En: <http://www.monografias.com/trabajos84/concepto-desarrollo-se-orienta-lo-humano/concepto-desarrollo-se-orienta-lo-humano.shtml#ixzz491w4z39D>

tan ajenos a los carismas iniciales que han sido reconocidos como otros, distintos, e incluso separados⁵ de aquellos. La historia, sin duda, nos habla de los avatares del crecimiento y, sobre todo, de los resultados, siempre positivos, del desarrollo y la evolución. Lo que a veces tomamos por crecimiento es, de hecho, desarrollo.

El crecimiento tomado como medida e índice de todo lo positivo está lejos, todavía, de ser desterrado de la VR. Espontáneamente sigue siendo el primer criterio del que echamos mano y del que nos fiamos. Esto se ve, por ejemplo, cuando hablamos, invadidas por el respeto y la admiración, de algunos fenómenos de crecimiento que suceden en monasterios, conventos o congregaciones religiosas. Nos preguntamos a qué se debe tal “éxito”. Pero, sobre todo, dejamos que el número cuestione comparativamente nuestra exigüidad: por qué nosotras tenemos tan pocas vocaciones, por qué la gente joven acude masivamente a tales y cuales lugares y no a los nuestros. Últimamente se comienza a reflexionar algo más (aunque por grupos minoritarios) sobre los factores que intervienen en el crecimiento de unas instituciones y el decrecimiento de otras. No se trata de mera causalidad, como si a unas causas le siguieran automáticamente unas consecuencias (por ejemplo, la oración insuficiente, la falta de austeridad, etc.), sino de una confluencia de factores que, esta vez sí, son producto de la complejidad de nuestro mundo y de la realidad. Y la complejidad, según el parecer de quienes estudian (empíricamente) la evolución de la vida y de quienes reflexionan (pensadoras y pensadores) sobre nuestro mundo, es signo de madurez y desarrollo⁶. Si permitiéramos asumir como normal y creativa esta reflexión actual sobre la importancia del desarrollo, seguramente nos daríamos la oportunidad de percibir una complejidad muy interesante. Sin embargo, sé lo mucho que cuesta cambiar las categorías con las que vemos e interpretamos el mundo y la realidad. En esto del número, el

⁵ Un ejemplo de esta evolución serían los institutos llamados seculares, que han sido y son excluidos de la denominación de Vida Religiosa.

⁶ El relato sacerdotal de la creación en la Biblia (Gn 1), pese a su carácter mítico y por tanto en un nivel diferente del científico, orienta el discurrir de los días y de la realidad creada en esa misma dirección de complejidad. Lo he estudiado en “A imagen y semejanza divinas. Mujer y varón en Gn1-3 como sistema abierto”, en Mercedes NAVARRO e Irmtraud FISCHER (eds., con la colaboración de Andrea TASCHL-ERBER), *La Torah* (colección La Biblia y Las Mujeres, 1; Estella: Editorial Verbo Divino, 2010), 209-262.

crecimiento y el desarrollo, es muy fácil que la mentalidad capitalista (y patriarcal) del crecimiento ilimitado se filtre sin que nos demos cuenta.

Que el crecimiento no siempre es signo de mejoría lo vemos al mirar en nuestro entorno. No debemos olvidar, por ejemplo, que el crecimiento va asociado la mayor parte de las veces a la acumulación. El capitalismo liberal se nutre de la idea de crecimiento ilimitado y la refuerza. Este crecimiento entendido como acumulación y expansión cuantitativa, como salta a la vista, es un signo y un producto del vicio de la avaricia. La paradoja consiste en que el crecimiento ilimitado se limita cuando se acumula en pocas personas, empresas, países... y, estrictamente hablando, no genera riqueza⁷. La avaricia es, sin duda, un desperdicio. Si aplicamos esta reflexión a la concepción de crecimiento que tanto deseamos en la VR, tal vez nos situemos en disposición de matizar.

Lo nuestro, lo propio de la VR, en efecto, es cosa de matices. Es delicado. Lo distinto, lo llamativo, asimilado después de la etapa carismática (inicial), del *shock* con que comienzan las instituciones, ya forma parte de otros tiempos, es cosa del pasado. Desde hace algún tiempo, palabras como novedad, lo nuevo, refundación... llenan muchas páginas de nuestros documentos, de nuestras reflexiones, de las conferencias que escuchamos y de los libros (más bien escasos) que leemos, pero cuando pedimos explicaciones sobre estos términos y, sobre todo, cuando pedimos que se vayan concretando, las respuestas resultan vagas y, a menudo, se recurre a los inicios carismáticos. Hoy, sin embargo, lo nuevo y actual es percibido por la mayoría de nuestros contemporáneos y contemporáneas, como algo tan efímero y pasajero que no merece casi nuestra atención. El afán de novedad forma parte de la sociedad líquida y reclama, en la dimensión latente, lo permanente, la continuidad en el cambio, la calidad y las diferencias cualitativas. La novedad, en todo caso, estaría en verter el contenido (lo valioso, lo permanente) en categorías de hoy, categorías que resulten familiares a nuestras y nuestros contemporáneos. Teniendo en cuenta la importancia de atender a la calidad, a la cualidad, a la profundidad, ¿cómo es posible que prestemos tanta atención y dediquemos tanta energía a lo

⁷ Es decir, no genera la riqueza verdadera que sería la riqueza compartida, la que llega al mayor número posible de personas, la que potencia las diferentes dimensiones de la vida humana, de la naturaleza y del cosmos. .

cuantitativo, al número, al crecimiento del que nunca estamos satisfechas?

Lo verdaderamente nuevo, por lo tanto, es más sutil y no por ello menos eficaz e interpelante. La calidad, la cualidad, que difícilmente va a ser interpretado como “lo último”, o lo “nuevo”, se percibe en los matices. Y los matices suponen desarrollo más que crecimiento. Evolución. El reto es fuerte, arriesgado y lleno de belleza. A través del desarrollo podemos percibir la “riqueza”, la vitalidad, la potencialidad. Criterios implicados en este reto de la cualidad, el matiz y el desarrollo son la diversidad y la innovación. Abundemos en esto un poco más.

No me olvido de que en nuestra sociedad globalizada la palabra “calidad” es hoy un referente importante. Se aplica prácticamente a todos los ámbitos de la realidad, a todos los niveles de las necesidades humanas, el nivel material y físico, el de la salud y el de la alimentación, el nivel de la educación y el de la enseñanza y el aprendizaje, el de los productos, el nivel de las relaciones y el de los afectos, el nivel del trabajo, de las condiciones laborales y de vida, el nivel de las organizaciones, empresas, sociedades, estados, y un largo etcétera que suele sintetizarse en la frase “calidad de vida”. También se habla de la calidad de la dimensión espiritual. Pero no en todos los casos “calidad” se asocia con los mismos términos. Por ejemplo, la calidad de un producto de alimentación poco tiene que ver con la profundidad del mismo. Calidad asociada a profundidad es aquí, cuando menos, incongruente. Pero si nos referimos a la calidad de la vida espiritual, asociar calidad y profundidad, además de ser congruente, concreta su sentido.

En ciertos niveles, la calidad y la cantidad se oponen, pero en otros se completan hasta un cierto punto. Hay niveles en los que la expansión cuantitativa de la calidad enriquece esta última, como en el caso de ciertos valores. Pongamos el ejemplo de una persona que alcanza un elevado nivel de calidad en el trato a los demás, sus seres queridos y próximos, sin ir más lejos. Si dicha persona mantiene esta calidad de trato con cualquier ser humano, sin distinciones, la cantidad de personas con las que este sujeto se relacione aumentará la calidad del trato, pues la diversidad de cada quién pondrá a prueba la verdad de la calidad a través de la diversidad y riqueza de los matices. La calidad del valor aumenta con la cantidad de los destinatarios a los que llega. No siempre es así. En realidad, lo habitual es que la calidad del trato disminuya en función del número y de factores que tienen que ver con la diversidad. Es

probable que la continuidad de la calidad se deba a la “cualidad” del trato.

Volviendo a la VR, aunque estrictamente hablando la calidad no está reñida necesariamente con la cantidad, lo cierto es que según los estudios de la sociología y de la psicología de las organizaciones, la cantidad numérica dificulta a menudo la calidad. Esta dificultad se refiere a las posibilidades de adaptación, pero, sobre todo, a las disposiciones de los miembros de un grupo o una institución para los cambios más profundos y no meramente adaptativos⁸. Hoy necesitamos ir más allá de la adaptación y para ello el número y las condiciones de dicho número (edad, mentalidad, historia...) son una dificultad. En este sentido, podemos decir que “menos es más”. Menos cantidad abre el camino a más calidad⁹, pues favorece la focalización en la cualidad. La VR volvería a centrarse en su condición profética que, a menudo, reclama ir un paso más allá de lo adaptativo.

4. EL DESARROLLO ILIMITADO DE LA VR

La historia del carisma de la VR en la iglesia habla más de desarrollo y expansión espiritual que de crecimiento. Desde los inicios no han dejado de desarrollarse las semillas que a lo largo de los siglos cuajaron en los criterios básicos que identifican este estilo de vida, un estilo de vida que no ha dejado de cambiar y adquirir nuevas formas. Los cambios y transformaciones pueden leerse a la luz del desarrollo y, por lo tanto, a la luz de la idea de evolución. Tomada a partir de este punto de vista, la historia de la VR es una historia de desarrollo evolutivo y expansivo, sin límites, de un carisma de la Ruah o Espíritu Santo. En este desarrollo encontramos períodos de crecimiento, y períodos de estancamiento, de decrecimiento y también de transformación. El

⁸ La VR ha sido y es un buen ejemplo de espíritu adaptativo. La mayoría de sus cambios ha estado motivada por la necesidad de adaptarse a una sociedad cambiante, como se deduce de los esfuerzos de formación profesional de sus miembros, los cambios en la vestimenta, en las viviendas, la elección de contextos, etc.

⁹ No deseo que esta reflexión se interprete como si estuviera infravalorando el número de personas mayores de nuestras comunidades y congregaciones. La calidad humana y espiritual de tantas hermanas está más que atestiguada.

crecimiento está al servicio del carisma y dado que este tiende a desarrollarse, crecer está en función de dicho desarrollo. No al revés.

En este sentido, resulta absurda nuestra actual obsesión por el número, por la cuantificación del crecimiento de las instituciones, las más grandes y las más pequeñas. Debería importar, sobre todo, el desarrollo de las espiritualidades que se cobijan bajo el gran paraguas de la VR y que la sostienen. Debería importarnos el desarrollo y, por ello, la evolución. Es decir: volver al punto de partida y de llegada, volver a la vida, a la vitalidad. Debería entusiasmarnos recuperar el punto de arranque del desarrollo que es la liberación de potencialidades creativas que sirven a la vida, en nuestro caso a la vida del espíritu y del Espíritu que traspasa la realidad, la materia, la historia. Hoy tenemos a nuestra disposición categorías de desarrollo, de evolución y de transformación que pueden dar sentido a nuestra existencia como carisma y referente vital, categorías nuevas que se van abriendo paso cada vez con mayor fuerza en distintos ámbitos de la realidad¹⁰. Estas categorías apuntan más hacia el carisma general que llamamos Vida Religiosa, que hacia los carismas particulares, pero no en detrimento de estos últimos¹¹.

¹⁰ Me referiré a estas categorías en otro momento.

¹¹ La categoría del “holón”, por ejemplo, lo explicaría claramente.